

BAUTISMO DEL SEÑOR. EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS 1,6B-11.

En aquel tiempo proclamaba Juan:

—Detrás de mí viene el que puede más que yo, y yo no merezco ni agacharme para desatarle las sandalias.

Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo.

Por entonces llegó Jesús desde Nazaret de Galilea a que Juan lo bautizara en el Jordán.

Apenas salió del agua, vio rasgarse el cielo y al Espíritu bajar hacia él como una paloma. Se oyó una voz del cielo:

—Tú eres mi Hijo amado, mi preferido.

VER EL CIELO ABIERTO

Estamos en el **«primer domingo del tiempo ordinario»**. Hoy celebramos el **«Bautismo del Señor»**, una de las tres manifestaciones de Jesús que constituyen las Epifanías del Señor.

La **«Epifanía a los Magos de Oriente»** en la que el niño Jesús se revela ante los Magos, como representantes de otras civilizaciones y del mundo pagano que lo identifican como el Mesías. La **«Epifanía a San Juan Bautista»** en su Bautismo en el río Jordán, donde Jesús, ya hombre, se manifiesta a los judíos antes de irse al desierto para ser tentado por el demonio y afrontar su misión y la **«Epifanía a sus discípulos»** en las Bodas de Caná, como el momento en el que Jesús comienza su actividad pública.

Jesús con su Bautismo nos descubre un rasgo fundamental de su persona, un rasgo **«digno de ser tenido en cuenta por cada uno de nosotros»**. Jesús **«humilde»** se suma a la fila de los que esperaban el bautismo de manos de Juan. Se mezcla entre **«pobres, marginados y pecadores»**, como seguiría haciéndolo durante toda su vida pública, y acude con **«libertad, decisión y respeto»** a que Juan le bautice.

Cuando Jesús recibe el Bautismo de Juan, dice el Evangelio, que **«vio rasgarse el cielo»**. El cielo rasgado recuerda aquellas palabras de Isaías, **«¡Ojalá rasgases el cielo y bajases!»**, con las que suplicaba al Señor su intervención, pues hacía mucho tiempo que no había aparecido ningún profeta y había mucha desorientación en la gente. El cielo se había cerrado.

Y ahora, con el Bautismo de Jesús, el cielo se abre. La comunicación entre el cielo y la tierra queda **«abierta para siempre»** por medio de este hombre que se siente identificado con Dios, que descubre su vocación y su conciencia de **«enviado del Padre»**.

Si el cielo hubiese permanecido cerrado, nuestro horizonte en esta vida terrena habría sido sombrío, sin esperanza. En cambio, celebrando la Navidad, **«la fe nos ha dado la certeza de que el cielo se abrió con la venida de Jesús»**. Y en el día de su Bautismo lo contemplamos más abierto todavía.

La manifestación del Hijo de Dios en la tierra marca el inicio del gran **«tiempo de la misericordia»**, después de que el pecado hubiera cerrado el cielo, elevando una barrera entre el ser humano y su Creador. Con el nacimiento de Jesús, **el cielo se abre definitivamente**.

Dios nos da en Cristo la **«garantía de un amor indestructible»**. No importa quien se haya olvidado de mí en la vida o quien me haya negado su amor o quien no supo hacerme sentir que valía la pena...Mi vida tiene sentido sólo porque **«soy de Dios»**. Yo para Dios valgo y Él no se olvida de mí. Dios me tiene siempre presente y su amor es incondicional. Aún en el pecado, Él **«me espera, me abraza, me reconcilia»**.

Dios se derrite en caridad por todos y cada uno de nosotros. Yo soy importante no por lo que haya recibido ni por lo que haya logrado. Soy importante porque Dios no deja ni un segundo de **sostenerme**, de jugársela por mí, por amor. Testimonio de esto es el amor de Jesús y el Espíritu Santo que habita nuestro corazón.

Por lo tanto, desde que el Verbo se hizo carne **«es posible ver el cielo abierto»**. Fue posible para los pastores de Belén, para los Magos de Oriente, para el Bautista, para los Apóstoles de Jesús, para san Esteban, el primer mártir, que exclamó: **«Veo los cielos abiertos»**.

Y también **«es posible para cada uno de nosotros»**, si nos dejamos invadir por el amor de Dios, que nos es dado en un primer momento en el Bautismo, el sacramento que nos abre **«la puerta de entrada a una nueva vida»**. Un gesto de **«purificación»** que nos permite poner punto final a un pasado alejado de Dios y una **«decisión»** de dar el paso hacia Dios, de abrirnos a su amor, de convertirnos en discípulos de Jesús.

Un sacramento cuya finalidad se cumple cuando se bautiza a un niño en la medida que con ese gesto se pone de manifiesto que **«son los padres quienes se comprometen a educar al niño en la fe y a ser una referencia cristiana para él»**.

Jesús pasó por este mundo **«haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo»**



«porque Dios estaba con Él». Pero Dios también está con cada uno de nosotros. Solo hace falta que **le respondamos** como le respondió Jesús, haciendo el bien.

Hoy es un buen día para hacer **«memoria de nuestro bautismo»**, para ver abierto el cielo, para recordar que tengo un Padre que me ama y está cerca de mí, que se

interesa por mi bien y que **«me ha dado en Jesucristo el modelo de vida al que debo aspirar»**.

Un Padre cuyo amor nos hace valiosos, nos da alas, nos hace ponernos en camino, apasionarnos por **«el Bien y la Verdad»** y llevar a cabo la misión para la cual Dios nos ha creado: **«poner nuestra vida al servicio de los hermanos»**, especialmente de aquellos que sienten la vida y la fe más amenazadas.

«¡Dejémonos invadir por el amor de Dios!», **«¡Éste es el gran tiempo de la misericordia!»** ¡Que así sea!